

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

Cuentos de miedo para reír

Braulio
Llamero

Dibujos de
Álex
Herrerías



Los protagonistas

Antes de nada, te presento a los protagonistas de las terroríficas aventuras que te dispones a leer:

Yo.

YÓNATAN. Se llama así. Tal cual. A sus padres les gustó este nombre por una serie de televisión. En el Registro les dijeron que era un nombre inglés y que se escribía Jonathan. Pero ellos dijeron que eran españoles, lo escribían con *y* y sin una *h*, que no hacía más que estorbar.

INÉS. Es guapa, lista, y yo estoy un poco por ella, la verdad. Pero no sé si ella está por mí. Ni se lo pienso preguntar.

FEDERIQUEÍN. Lo respetamos porque es hijo de un agente. Pero, en cuanto hay problemas, Yónatan se enfada y le cambia el nombre: ¡Gallina!

RICHARD. Se llama Ricardo. Y en casa, Ricardín. Pero él quiere que lo llamemos Richard. Dice que, si no, nunca triunfará con sus inventos. Lee mucho e inventa más, pero a veces nos carga la cabeza.

JÉSSICA. Sus padres también ven mucho la televisión y les pareció más fino bautizarla así que Eulalia, por ejemplo; o Basilia, que ya ves tú.

MIGUELÓN. También se llama así, y no Miguel. Lo juro. En el libro se explica con todo lujo de detalles, incluyendo sus apellidos, que no pongo aquí porque de todos modos nadie me iba a creer.

Sale más gente. Pero los protagonistas somos esos; los de la pandilla.

Y ahora, si no eres muy gallina, puedes empezar.



La casa de don Simón QEPD

Mi calle tiene dos aceras, muchos edificios altos y una sola casa. Yo vivo en uno de los edificios. Como mis amigos.

Los edificios altos ya sabéis que se dividen en pisos y cada familia tiene uno. Es raro que alguien tenga más, aunque a veces pasa. Por ejemplo, el padre de Federiquín tiene dos pisos. Pero eso es porque trabaja como «agente asegurador». En un piso hace de agente y en el otro vive con la familia.

En la pandilla hemos discutido sobre esa profesión. Para mí, lo de agente lo dice todo: es de la CIA o del FBI. Yónatan cree que no:

–Si fuera eso, solo pondría en la puerta «agente» o «agente secreto». Pero no «asegurador».

–Eso puede ser porque es tan buen agente que asegura resultados. ¿A que sí, Federiquín?

–Fijo –me apoya el hijo–. Él siempre nos dice que, en lo suyo, es de lo mejor.

–¿Lo ves?

–Pues yo digo que vende seguridad –salta Richard–. O sea, tú un día te sientes inseguro, ¿no? Pues vas a verlo: «Don Federico, ¿me puede dar seguridad?». Y él te pone un guardaespaldas. O te deja su pistola. O te da un abrazo.

Esa vez Federiquín, pese a ser el hijo, prefiere no opinar. Añade solo:

–Tiene muchas visitas. Eso es lo que yo sé. Y le hablan de «siniestros». Y de unas «palizas» que tienen que pagar.

–¿Lo ves? Lenguaje de agente secreto, cien por cien.

Lo que no pega es que el padre de Federiquín tiene una barriga de campeonato. Y eso es raro cuando llevas una vida peligrosa. Pero bueno.

Decía que en mi calle, además de muchos pisos, hay una sola casa. Antes había más, según mi madre. Pero les fue entrando una enfermedad



muy mala y las derribó. Debe de ser una epidemia, porque mi madre no deja de hablar de ella.

—La especulación, hijo, se lleva todas las casas bonitas por delante. Esta calle era la más fina, con mansiones preciosas, chalecitos encantadores. Pero vino la especulación y quedó solo la de don Simón Quenpazdescanse.

Durante mucho tiempo pensé que don Simón se apellidaba así, Quenpazdescanse, porque mi madre era lo que decía siempre detrás del nombre. Y no solo ella. Se lo oía a todo el mundo. Más tarde supe que había que escribirlo separado: que en paz descanse. Y se refiere a que, cuando alguien está muerto, los vivos desean que deje de dar guerra y se quede tranquilito. También se puede escribir de otra manera para que dure más, siglos en concreto: QEPD. Así, además, terminas antes.

La enfermedad que tanto preocupa a mi madre, la especulación, solo ataca a los edificios. A las personas, no; se lo pregunté.

Esa única casa de mi calle, la de don Simón QEPD, debió de ser la mar de chula. Tiene dos pisos, el de abajo y el de arriba. También tiene un poco de jardín alrededor. Vamos, tenía. Como

está vacía desde que don Simón se fue a descansar en paz, ahora no hay jardín ni nada.

Yónatan, que es bárbaro para tener ideas locas, dijo un domingo:

—¿Entramos en la casa?

—No se puede —replicó Inés, la de la señora Paca, que siempre anda con nosotros.

—¿Por qué no se va a poder? —protestó Yónatan.

—Porque no es nuestra, porque está cerrada y porque... ¡hay fantasmas!

Las dos primeras cosas no nos impresionaron. Pero la tercera... Federiquín fue el primero que se borró:

—Tengo muchísimos deberes. Yo me abro.

—¡Gallina! —le gritó Yónatan, poniéndose a cacarear.

Tuve que ponerme en medio para que Federiquín no le pegara.

—Seamos pacifistas —dije, usando esa palabra que decían mucho en la tele—. Nuestra pandilla es democrática. Si no estamos de acuerdo, pues votamos.

Yónatan me miró sin entender.

—¿Qué hay que votar?

–Si entramos en la casa o no. Que levanten la mano los que...

Richard no me dejó acabar:

–¡Un momento! El voto tiene que ser secreto para que Yónatan no llame gallinas a quienes no voten como él.

–¡Gallina! –le dijo el aludido, que también es bárbaro metiéndose con todos, la verdad.

Hubo que votar primero si votábamos en secreto o con la mano levantada. Ganó lo segundo. Después votamos si entrar o no en la casa. Yónatan, yo y Jéssica votamos «sí». Federiquín, Inés y Richard votaron «no».

–¡Empate! ¿Y ahora qué? –preguntó Inés.

–Entramos, porque lo propuse yo y mi voto vale el doble –respondió Yónatan.

Y sí que entramos. Pero solo Jéssica, él y yo. Los otros dijeron que se enfadaban con nosotros por toda la eternidad y que cruz y raya y que para ellos habíamos caído y que jamás de los jamases se volverían a juntar con nosotros. A mí me dio bastante rabia por Inés, porque me molaba. Pero no hay nada peor que quedar como un gallina. Así que los tres menos gallinas, los valientes de verdad, nos fuimos a la casa de don Simón QEPD.

El principio fue fácil, porque la verja del jardín estaba rota. Solo hubo que empujar. Jéssica, sin embargo, hizo la pregunta decisiva:

—¿Y si hay fantasmas de verdad?

Yónatan, aunque está por ella y le perdona casi todo, la miró como si le estuviesen a punto de salir plumas de gallina:

—Los fantasmas no existen. Son cuentos de mayores para que no hagamos lo que a nosotros nos parezca.

Yo no estaba tan seguro.

—A ver, Yónatan. El último dueño de esta casa, don Simón, se murió. ¿Sí o no?

—Sí.

—Y desde que se murió, toda la gente al hablar de él dice: «Don Simón que en paz descanse». ¿Sí o no?

—Eso se dice de todos los difuntos —apuntó Jéssica.

—Ahí es adonde voy. Si una persona muere, debería de estar en paz sin más, sin decir nada, sin tener que deseárselo.

—¿Adónde quieres ir a parar? Habla claro —se impacientó Yónatan.

Lo solté:

—Cuando siempre se dice «don Simón, que en paz descanse», será porque lo más NORMAL es lo contrario: que no descanse y ande por aquí.

En ese momento estábamos ante la puerta principal. Esta no se pudo abrir sin más. Estaba cerrada y bien cerrada. Así que a Jéssica no se le ocurrió otra cosa que llamar con unos golpecitos. Nos íbamos a burlar de ella, cuando oímos desde dentro:

—¿Quién es?

Sentimos los tres unos escalofríos de muerte. Ni nos miramos. Dimos media vuelta y salimos de allí empujándonos, gritando y tropezando, sin mirar atrás.

No paramos de correr, yo creo, hasta veinte calles más allá.

Al día siguiente por la tarde nos volvimos a encontrar con Richard, Inés y Federiquín. También estaba con ellos Miguelón, a quien se le había acabado el último castigo sin salir de casa.

—Que conste que os volvemos a hablar porque queremos, pero no penséis que os hemos perdonado —dijo Inés nada más vernos.



–Vale –dijimos nosotros, sin ganas de discutir.

–¿Entrasteis en la casa? –preguntó Federiquín.

–La vimos toda. Arriba, abajo y por detrás. Si quieres te contamos todo lo que hay dentro –respondió Yónatan, sin un solo pestañeo.

Federiquín hizo un gesto de indiferencia.

–No hace falta. Pronto la voy a ver todo lo que quiera. La acaba de comprar mi padre para instalar ahí sus oficinas. Aunque quizá mande derribarla y hacer un edificio nuevo. Me enteré ayer, cuando os dejé. Mi padre había ido a verla a esa misma hora. Es raro que no os encontrárais.

Yónatan me miró rascándose la cabeza, como si no supiera qué pensar. A Jéssica se le enrojeció la cara y tuvo que decir que tenía alergia al polen invernal, aunque pareciera que no había. A mí me entró la tos.

Inés, que encima de guapa es lista que no veas, no dejaba de mirarnos.

–Algo ocultan estos. Si visteis a un fantasma, deberíais decírselo a Federiquín, para que avise a su padre.

–Un agente secreto no creo que tenga miedo de un simple fantasma, llegado el caso –dije yo.

–¿Pero lo visteis o no? –insistió Inés.

–¿La verdad?

–¡Sí!

–Pues NO. No vimos nada de nada.

Y en eso, oye, no mentí en absoluto.